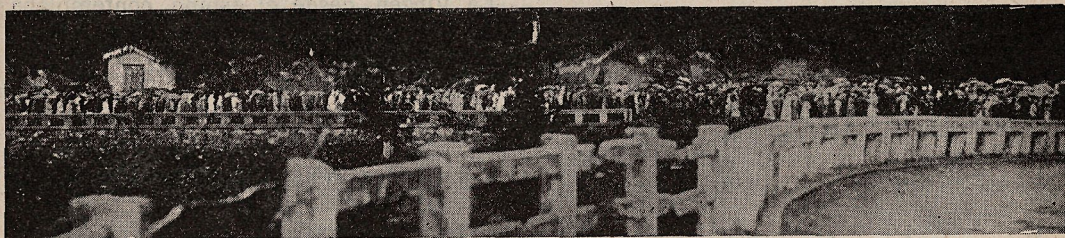


MILES DE CHICAS *V Subida de* SANTAMENTE ANDARIEGAS *la juventud* HACIA LA LUZ DE ARANZAZU *femenina*

Luz, oración y Aránzazu.

Perfecta organización, Señor Obispo y esperanza.



La aurora del 22 de septiembre debieron de abrirla los ángeles. Una mañana azul y clara. Rasgaba nerviosamente el silencio el claxon insistente de los autobuses que se apiñaban en la plaza de Aránzazu, realizando un milagro de estacionamiento ordenado. Chóferes cansados, y algunos de un humor —que me perdonen— como para ponerles chimenea, llegaban a un difícil acuerdo gracias a la labor de la Guardia Civil de tráfico.

Aunque no queramos acordarnos de ellos, estas marchas son también de los chóferes, que tan ingrato esfuerzo realizan.

Desde Oñate miles de jóvenes subían en la V edición de la subida. Una marcha perfectamente ideada y realizada. Los millares de jóvenes se apiñaron en grupos, cada uno de los cuales llevaba un coche-altavoz en el medio. La organización a base de columnas facilitó y embelleció la marcha, dotándola de un orden y simetría enriquecidos de fuerte fondo de seriedad y dis-

ciplina. Es arduo de lograr que tanta alegre juventud, zarabandista y juguetona —un domingo y, para colmo, en multitud— se sumerja en el hondón del alma. En estas ocasiones, cualquier desorden casca el brío, relaja la tensión. Entonces uno se deja resbalar a la facilidad, y todo se ha perdido.

Este año, y gracias al esfuerzo delicado y feroz, al mismo tiempo, de los responsables, la Marcha ha sido correcta, esmerada. Miles y miles (cuántas?) de jóvenes guipuzcoanas subían a Aránzazu, para, según el horario prefijado, comenzar la Santa Misa a las 11. Tres horas, treinta minutos de examen, de oración, de propósitos valientes. De silencio. ¿"Somos en realidad cristianas e hijas de la Iglesia?"

La luz de la mañana, blanda y suave como rarísimas este triste verano, hervía sobre la marcha en un rumor de avemarías. Desde las rocas próximas podía verse la marcha como un miriópodo multicolor de

suaves olas, que murmuraba, cantaba o enmudecía, avanzando religiosamente. Sí, todos, este año, están contentos de la Subida: los organizadores, las jóvenes, los mirones, y más que nadie la Virgen. Las esperaba en su recia humildad, despojada de los mantos.

Y también el Señor Obispo de la Diócesis, Dr. Lorenzo Bereciartúa, que subió como buen pastor a la cabeza de las jóvenes. Este rasgo de amable y simpática paternidad electrizó de entusiasmo a las peregrinas, en cuanto se anunció por los altavoces que el Sr. Obispo subía en medio de sus ovejas. Cuando en la Paraliturgia de la tarde —función de despedida— dirigió la palabra, alguna recordaba a Juan el Bueno, Papa XXIII... Y aquella finura de alma que pedía, las jóvenes procurarán dársela, por la graciosa finura que él tuvo a bien manifestar en sus palabras (“Jainkoarekin... itz batean ezateko, señoritik izan bear de zute”.) y más aún con su gesto paternal. Que no querrán ellas aparecer ingratas.

* * *

Una pequeña emisora dirige la marcha. Se reza el rosario. Las consignas son puntualmente obedecidas. (Son las mismas jóvenes quienes han conquistado por su disciplina el triunfo de un Subida perfecta). Reciedumbre y entereza. El fuego invade y abraza las entrañas del alma. El aire fresco acaricia el rostro. No despeina. Oración, palabras calientes, persuasivas. Y en la carretera queda la huella de sangre de algún pie descalzo.

Suben a un ritmo nervioso. Hay un descanso en medio camino.

La entrada en la Basílica no ha revestido esta vez los caracteres de asalto de años anteriores. Entraron pausadamente y supieron resistir heroicas, en pie, toda la Misa, las muchísimas que no pudieron gozar de asiento. El rato más difícil —penosísimo— de la jornada.

Como en años pasados las confesiones continuaron hasta las hora de la Comunión. Se celebró en la fachada de la Basílica una Misa simultánea a la que se celebraba dentro, para cuantas se veían preci-

sadas a quedar fuera, por falta de espacio. José María Aguirrebaldátegui dirigió la Misa, predicando en ella el R. P. Aguirreche. Hubo aproximadamente el mismo número de comuniones que en la marcha de los chicos.

Desde el Coro superior, la vista que ofrecía la multitud de la Basílica, atestada y prieta, era sencillamente espectacular. Pero el momento culminante fue aquel en el que el P. Aguirreche arancó a las jóvenes aquel vibrante “sí”, “bai”, que hizo estremecer la Basílica. A los curiosos se nos puso la carne de gallina... Y la Virgencita callaba, sonriendo.

“Oi, baña, Amaren semenganako irribarre biozbera!”

La Virgen, desde el espino, contemplaba gozosa la escena. Estaba contenta de la Subida.

* * *

Y, ¿qué dicen ellas?... Preguntamos a esta primera. Dice llamarse Juanita, le cosquillea los pies un ardor picante y se siente agotada. Ha subido descalza.

—Estoy satisfecha; no digo contenta, contentísima. Todo ha sido tan increíblemente estupendo.

Y temiendo que quizá no le creo; añade:

—El año pasado decidí no volver. Venía por primera vez y no me gustó nada. Permita que se lo diga... No sé por qué he vuelto. Pero creo que ha sido un brillante desquite.

Otra se inquieta.

—Muy bien, requetebien. Pero ¿puede esto dar frutos duraderos?

Tal vez todo esto le pareciera a Julichu demasiado maravilloso para ser realidad... Mary, escuetamente, se limita a decir que todo bien.

Un grupo pasó hablando de San Francisco... Más adelante, otra entusiasmada se adelanta espontáneamente, abriendo su boca en un chorro de elogios. Tenía fuego, palabras de fuego. Más adentro se adivina-

ban las aguas de gracia del alma que el ángel había movido y renovado.

Alguna, más curiosa, insiste: ¿más chicos o más chicas?

Cualquiera de las 12.000 jóvenes aproximadamente que subieron ese día a Aránzazu pudiera haber hecho esta pregunta o entenderse por los nombres apuntados.

A la tarde, a las 3,30, Paraliturgia. Estaba azul. Aránzazu era la luminosa cripta que encierran horizontes tibios, redondos... Y los autobuses comenzaron a bajar. Sobre la plaza revuelta hormigüeaba un turbio ir y venir, bocinazos, avisos de altavoces, llamadas, coches maniobrando y mil chirriantes etcéteras. La tarde se quebró entre los gritos y cantos de aquella bullanguera despedida. Y aunque dificultosamente, Aránzazu quedó vacío al poco tiempo, mientras subía el silencio.

Entonces, cuando la noble serenidad de la tarde reposó sobre barrancos y bosques, Aránzazu, cubierto de papeles rotos, me pareció un despojo del Aránzazu de horas antes. Ya la juventud guipuzcoana se llevaba jirones de esta altura a sus casas, a sus talleres. Aránzazu se convertía verdaderamente en alimento de la espiritualidad del Pueblo Vasco.

Ahora, se ha hecho silencio. Y nos preguntamos: ¿qué significa este día para la vida espiritual de ésta juventud? “¿Puede esto dar frutos duraderos?” Un hecho es innegable. Y es que en este día la palabra sacerdotal, tanto la del predicador como del confesor, baja directamente al alma. Un ligero temblor en la superficie, y paz. Es piedra depositada sobre agua humilde. Las numerosas y fervientes confesiones son, por otra parte, índice de sinceridad. Los propósitos son bravos.

La Virgen sabe también que la delgadísima sensibilidad de las jóvenes peregrinas, ha captado el tono exacto de lo que significa servicio cristiano. Servicio a la Iglesia, al mundo. Y espera ver los frutos.

¿Que caerán? No puede dudarse de ello. Pero ni se pretende lo contrario, que sería una quimera. Se busca, y se consigue, un espíritu de lucha. Se aspira a que esta juventud se levante con más bravura del fondo sucio de su pecado. Se reza y se hace penitencia, en lucha contra el no-Cristo de la vida guipuzcoana. Y el luchador, es indudable, recibirá duros golpes en el rostro —del espíritu— pero resistirá. Sabrá defender su puesto. Que no luchamos solos, sino que dentro de nosotros Alguien espera el Día.

José Azurmendi.

Signo

ha testimoniado, por la pluma de Vicente Anacabe, la heroicidad de la Subida de las miles de jóvenes:

“La brillante jornada de la juventud femenina en peregrinación a Aránzazu se caracterizó por la gran concurrencia y religiosidad. La fecha del 22 de septiembre quedará en el recuerdo de los millares de guipuscoanas que se postraron ante la Purísima bajo el lema “Con la Iglesia al servicio del mundo”. Fieles hijas de la Santa Madre se ofrecieron a servirla en la conquista del mundo para Cristo. Jóvenes mujeres, enérgicas y constantes, han emulado a los chicos y no se han quedado atrás a la hora de la genial trepadura al monte santo del Aloña.

Hay que contemplar la Marcha para comprender su significación, para darse cuenta de su realidad y lo que representa. La ruta femenina constituyó todo un acontecimiento mariano en la región. A las siete y media de la mañana, todavía en las gargantas el canto del “Angelus”, comenzó la Subida, teniendo la emocionante llegada como colofón el oficio de la Santa Misa comunitaria en el altar de la gran Basílica franciscana.

El tiempo quiso sumarse a esta manifestación. Aránzazu resplandecía de luminosidad.